

El festín de Gloria

Por: Gabriela Nicolle Dávila Juárez

¡Ay, pobre doña Gloria! Otra vez hecha pedazos. Pero es que no entiende. Es necia, ¡necia la señora! Encontró una caja con viejas fotos y extraña cada uno de esos momentos en los que sus hijos aún estaban con ella. Pero como todos, uno por uno fue dejando el nido.

La primera en salir de casa fue la mayor cuando tenía 24 años, Helena. Empezó a trabajar en una empresa y ahorró para poder comprarse un departamento. Como la ascendieron de puesto rápidamente, no tardó mucho en lograrlo. Ella es diligente y tiene un carácter fuerte. Todos la conocen como una persona seria, a excepción de Gloria. Cuando el trabajo se vuelve demasiado abrumador, Helena visita a su madre para desahogarse y que la consuele. Ella necesita su dosis de cálidos abrazos y dulces palabras cada dos o tres meses para poder seguir siendo la mujer firme que todos creen que es. Probablemente debería de ir con un profesional para mejorar su salud mental pero su madre se acopla perfectamente a su agenda apretada.

5 años después se mudó su hijo Salomón. Lo aceptaron en una casa donde enseñan a boxear. Cada semana hay varios combates y él tiene que ganar para que los dueños, quienes apuestan por él, consigan dinero y que de esa forma Salomón pague su estadía. Cuando pierde, Salomón tiene que buscar donde más quedarse y el lugar perfecto es la casa de su madre. Ahí él puede quedarse el tiempo que necesite. Como termina con graves heridas de sus enfrentamientos, Gloria lo cuida como si fuera un bebé. Lo deja reposar en cama por horas, le aplica hielo en zonas con moretones, le proporciona medicamentos antiinflamatorios y le hace masajes que disminuyen el dolor. Por esto último Salomón dice que las manos de su madre son mágicas. Cuando se siente mejor y listo para seguir peleando simplemente le agradece a su madre y se retira, volviendo solo cuando la necesita otra vez.

Luego siguió la menor de los cuatro hijos, quien dejó la casa para vivir con su novio. Bianca es una chica tierna, extrovertida y risueña. Adora las actividades al

aire libre o sociales. Sale de fiesta, va a conciertos, practica senderismo, hace picnics y muchas otras cosas. Todo lo hace con su novio; han estado juntos por cuatro años. Pero eso no le impide divertirse con sus amigos también. Sus salidas no son nada baratas así que va a ver a su mamá para saber cómo está, qué ha hecho y para pedirle dinero. En realidad, las primeras dos cosas no le importan mucho pero no quiere ser grosera con ella considerando que la ayuda siempre que se lo pide.

Por último, Francisco se fue a vivir con sus amigos ya que entre todos pagan la casa. Él es el típico fanático del fútbol. Su desempeño tanto escolar como laboral han sido mediocres. A sus 27 años parece que no le interesa nada más que su deporte favorito, pues solo vive para el fútbol. Si no está viendo un partido está hablando sobre uno. Por esto mismo cada que hay juegos importantes va a la casa de Gloria para verlos en la televisión gigante del sótano mientras está recostado con sus amigos en los “sofás más cómodos de todo el mundo”, según sus palabras.

Gloria se quedó completamente sola. Su esposo había muerto unos años después del nacimiento de Bianca. Ella sentía un gran vacío cada día desde que todos sus hijos dejaron la casa. Su vida le pareció aburrida y monótona. Incluso si la visitaban, ella sabía que era algo momentáneo, que la usarían para luego volverla a abandonar. Pero por eso mismo seguía ayudándolos; eran las únicas veces que podía disfrutar de convivir con ellos. Por algunos instantes pensaba que su vida ya no tenía sentido si no podía tener un fuerte vínculo con sus hijos. Cuando volvía a quedarse sola, se sentía horriblemente impaciente por verlos pronto otra vez.

Para no dejar a su madre ahogada en la soledad, una noche primavera Helena y Salomón adoptaron una gata para regalársela. Fue una grata sorpresa para Gloria, por fin tendría una compañera con quien pasar el tiempo. Su nueva amiga era atigrada con un largo, suave y hermoso pelaje color gris. Sus cachetes gritaban “¡pellízcanos, pellízcanos!” y sus orejas parecían estar siempre alerta de sus alrededores. Con el paso de las semanas Gloria descubrió que Melena, la gata, cambiaba de humor drásticamente. La mayoría del tiempo se mostraba firme

y desinteresada en recibir cariño, y esporádicamente le maullaba para que le rascara atrás de las orejas o acariciara su cabeza.

A Melena le gustaba tomar el sol en la entrada de la casa. Era su actividad favorita y la que ocupaba gran parte de su día. Por supuesto que Gloria la acompañaba en sus baños de sol, aunque estando en la sombra. La mujer nunca se había percatado de la existencia de otros dos gatos en el vecindario. Si no fuera por Melena, nunca los habría conocido. Desconoce sus nombres reales, pero decidió llamar al gato anaranjado Salmón, porque con un pedazo de este pez logró que se acercara y lo acariciara por primera vez, y al gato siamés lo nombró como Bizco, por sus ojos ligeramente cruzados. Gloria cree que son hermanos no biológicos, pues siempre que van corriendo hacia ella vienen de la misma casa.

La relación entre los tres gatos entretiene a Gloria todos los días. Los gatos naranjas, como bien se sabe, son más locos que otros gatos. Y Salomón no es la excepción. Él sigue a la perfección los estereotipos de molestarse fácilmente y pelearse con cualquier felino. Prefiere enfrentarse a gatos machos, pero de vez en cuando ataca a Melena sin razón alguna. Por otro lado, Bizco es un amor. Es muy juguetón y un poco torpe. Cuando quiere atención para divertirse con los juguetes de Melena da pequeños saltos impulsándose con sus patas traseras para levantar las delanteras. Gloria siempre acepta jugar con él mientras se ríe de sus brincos. La señora Hernández estaba muy agradecida de tener a los tres en su vida. Ellos alegraban sus mañanas y hacían que descansara tranquilamente por las noches. Los consideraba como sus hijos, aunque ya los tuviera.

Alrededor de un año después, llegó una gata al vecindario. Gloria nunca la había visto así que intuyó que era de otro lugar y terminó cerca de su casa porque se perdió. Del color de su pelaje se originó su nombre: Blanca. La mujer pronto descubrió que el estómago de esta gata es como un pozo sin fondo; puede comer sin parar y aun así pediría un poco más. Sus largos maullidos son la poderosa arma que usa para convencer a su nueva dueña de alimentarla.

Gloria se sentía cada vez más plena. Vivía con alegría, compañía y amor. Flotaba en las nubes del sereno cielo cuando pensaba en sus amados gatos y lo feliz que la hacían.

Se acercaba su cumpleaños y quería celebrarlo al igual que los seis meses que habían pasado desde la llegada de Blanca. Tenía que ser un gran festejo. Lleno de comida y juguetes para que los cinco disfrutaran el día. El 18 de octubre se levantó entusiasmada por empezar con los preparativos. En la mañana busco sin parar nuevos juguetes y una torre con rascadores para los gatos, hasta que encontró los ideales. Y en la tarde cocinó un pequeño pavo, pechugas de pollo y lomititos de atún; quería organizar un verdadero banquete.

Para cuando empezó a anochecer Gloria ya tenía todo listo. Los gatos entraron a la casa y ella los acomodó cada uno en una silla del comedor. Ella se sentó a la cabeza de la mesa para así contemplar a todos sus acompañantes.

La mujer agarró un cuchillo para hacer el primer corte al pavo. Se iba acercando a este, pero justo antes de encajar la punta, algo se detuvo. Los gatos miraron a Gloria con ansias por deleitarse con los manjares que se encontraban frente sus narices. Pero ella estaba tirada agonizando. Su corazón, eso se detuvo. Antes de que su cuerpo tocará el suelo, Gloria se dejó caer para atrás soltando lo que tenía en su mano derecha. Al entrar en contacto con las losetas, se enterró el cuchillo en la parte superior de su muslo. Los gatos seguían sentados en sus lugares designados. Esperaron a que Gloria se levantara, pero al ver que pasó media hora y no se movía, decidieron ceder a la seducción de las delicias en la mesa. Acabando con ellas antes de que se terminara el día.

Lo que está por venir no hubiera sucedido si no fuera porque dejaron a los cuatro gatos sin comida por varios días encerrados en la casa. La herida tentó los estómagos hambrientos de los felinos, especialmente el de Blanca. Ella fue la primera en comer del muslo de Gloria y no pensaba compartir con los demás. Así que cada uno buscó una parte apetecible del cuerpo. Melena le rasgó la nariz, Salmón le desgarró parte de su antebrazo y Bizco le despedazó la oreja. Los días seguían pasando y ellos la seguían destrozando.

Los gatos la comieron, la masticaron, la devoraron y la destruyeron. Ellos la consumieron; justo como sus verdaderos hijos lo habían estado haciendo. ¡Ay, pobre doña Gloria! Hecha pedazos, por última vez.

FIN